

## SILENCIOSA BATALLA

Theresa Salas

Se bajó la manga de la blusa, ocultando así el gran moretón que adornaba de diversos colores su piel. Continuó copiando la información del pizarrón, segura de que nadie había presenciado aquel pequeño acto. Y respiré profundo una vez más. Pues no me hubiera percatado si solo hubiera sido algo de un solo día, pero esto había sido diariamente por dos semanas. Y siempre se veían frescos, nuevos, como si los hubieran hecho hace pocas horas. A veces eran chicos y a veces grandes, pero siempre nuevos. Uno por día. A veces hasta dos por día. Y algo en el fondo de mis entrañas me decía que no eran accidentales, por más torpe que Fabiola alegaba que era. Así que al siguiente día de clases, cuando llegó con ambos codos morados, resultado, según palabras de Fabiola, de haber resbalado y caído al suelo apoyada en sus codos, le pregunté por la verdadera razón de esos golpes. Solo dudó por un instante, como si ya hubiera reunido el valor para decirle a alguien. Me contó todo. Como su hogar sufre de violencia familiar. Cómo es su madre la que la ha golpeado a ella y a sus dos hermanas menores desde que tiene memoria. Me contó detalles, detalles que no diré aquí. Llegué a casa llorando, asustada como nunca lo había estado. Lloré por ella. Después de muchas lágrimas decidí que estas no ayudarían en nada, que no le ayudarían a Fabiola. Pero sabía que yo sola no podía hacer mucho. Mi madre estaba igual o más asustada por la situación de mi amiga. No vi ninguna duda en los ojos de mi madre cuando levanto el teléfono e hizo una denuncia anónima. Días después Fabiola me informó que la denuncia llegó a las manos de sus padres y que el DIF llegó a tocar a su casa. “Mamá no nos dejaba asomarnos por las ventanas, nos decía que no saliéramos del cuarto, pero yo sabía que eran ellos. Vinieron y tocaron por varios días, a veces hasta se quedaban esperando por una hora, enfrente de la casa”, me dijo. Luego un día dejaron de tocar la puerta. Fabiola nunca supo qué fue de la denuncia. Me dijo que sospechaba que su padre, siendo abogado, había hecho algo al respecto, aunque nunca pudo confirmarlo. Su madre si se abstuvo de golpearlas, “Le dio miedo”, me decía. Dos años después y todo seguía tranquilo. Nunca volví a hablar al respecto con Fabiola. Así que cuando nos graduamos de primaria yo solo le desee lo mejor. “Si hiciste mucho. Yo había decidido que no dejaría que ella me destruyera, pero tú me ayudaste”. Desde entonces admiré siempre a Fabiola por su fuerza, teníamos solo diez años y se encargó de proteger a sus hermanas. Luchó una interna y silenciosa batalla contra su madre. Todos tenemos malas experiencias, pero está a Fabiola solo la hizo más fuerte, y eso le hizo ganar la batalla.